



Jue
1
Oct
2020

Evangelio del día

Vigésimo sexta semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: Santa Teresa del Niño Jesús (1 de Octubre)

“La mies es abundante, pero los obreros pocos”

Primera lectura

Lectura del libro de Job 19, 21-27

Dijo Job:

¡Piedad, piedad, amigos míos, que me ha herido la mano de Dios!
¿Por qué me perseguís como Dios y no os hartáis de escarnecerme?
¡Ojalá se escribieran mis palabras!
¡Ojalá se grabaran en cobre, con cincel de hierro
y con plomo se escribieran para siempre en la roca!
Yo sé que mi redentor vive y que al fin se alzaré sobre el polvo:
después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios.
Yo mismo lo veré, y no otro; mis propios ojos lo verán.
¡Tal ansia me consume por dentro!

Salmo

Sal 26. R. Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida

Escúchame, Señor, que te llamo;
ten piedad, respóndeme.
Oigo en mi corazón:
«Buscad mi rostro.» R.

Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro.
No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches. R.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 10, 1-12

En aquel tiempo, designó el Señor otros setenta y dos y los mandó delante de él, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él.
Y les decía:
-«La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.
¡Poneos en camino! Mirad que os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias; y no saludéis a nadie por el camino.
Cuando entréis en una casa, decid primero: "Paz a esta casa". Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros.
Quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan: porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa.
Si entráis en una ciudad y os reciben, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: "El reino de Dios ha llegado a vosotros."
Pero si entráis en una ciudad y no os reciban, saliendo a sus plazas, decid: "Hasta el polvo de vuestra ciudad, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos sobre vosotros. De todos modos, sabed que el reino de Dios ha llegado."
Os digo que aquel día será más llevadero para Sodoma que para esa ciudad».

Reflexión del Evangelio de hoy

Yo sé que mi defensor está vivo..., y lo contemplaran mis ojos

El texto que hoy nos ofrece la liturgia, se encuentra casi en la mitad del libro de Job. Me gusta contemplar el libro como una gran obra de teatro dramática, que progresa y se desarrolla en varios actos. El texto de hoy hace parte “de los diálogos de Job con sus tres amigos”. Es el final de una respuesta de Job, donde parece que ya no le quedan argumentos para hacer valer su inocencia y sus sufrimientos ante sus amigos y ante Dios.

Les ruega que dejen de torturarlo y acusarlo. En el abismo de soledad en el que se encuentra, emite una súplica desgarradora: “*¡Tened piedad de mí, vosotros mis amigos! Él no sabe por qué Dios parece también atormentale y abandonarle en su dolor, ya no le queda nada*”. (v21-22)

Al llegar a este punto, Job parece que es consciente que lo que va a decir es lo más decisivo en toda su defensa. Se halla a las puertas de la muerte y desea que, por lo menos, sus palabras queden “*escritas, grabadas, esculpidas*” de modo definitivo sobre un material indestructible, lo que va a afirmar debe permanecer. Hay que afrontar la muerte misma para descubrir el sentido último del sufrimiento y esperar hasta «el final» para juzgar y entender la obra de Dios.

Es una gran y larga confesión **de fe “en la resurrección”**. quizás él no supo del todo lo que expresaba, pero nosotros sentimos que su pensamiento ha progresado, hasta el punto de creer que nada es imposible a Dios. Del texto se desprende su mensaje: “quiere confiar en Dios que ha hecho cosas tan buenas y tan hermosas y que no las destruirá para siempre”.

Este hecho es revolucionario para su época, está fuera de la religión y creencias del pueblo de Israel, y de todo el contexto del libro. “*Sí, yo mismo veré a Dios y cuando mis ojos le contemplen, aunque mis huesos se hayan convertido en polvo, Él, no se apartará de mí*” porque él es el viviente, mi defensor.

Hoy, se nos ofrece un ¡texto para orar, inagotable...!

La mies es abundante, pero los obreros pocos

“*Después de esto*”, así comienza el evangelio de Lc hoy. “El esto” recoge lo que les ha dicho anteriormente: son las condiciones o exigencias radicales del **seguimiento**.

Llegado a este momento, Jesús da un paso más, mira a aquellas personas cercanas y siente que les puede pedir y ofrecer mucho más. Les va designado y enviando de dos en dos a que vayan delante de Él, anunciando la llegada del reino. Junto a este gesto hay una afirmación de urgencia: “*la mies es mucha, los obreros pocos. ¡En marcha!*”. Exige prisa, no tienen que perder tiempo. El Reino apremia y necesita ser proclamado por todas partes y a toda persona, y de forma urgente.

Al proseguir la lectura, se percibe una gran sobriedad en las palabras de Jesús, no hay solo realismo sino también exigencia: *miren como les envío, ligeros de equipaje, llevando poquitas cosas. Lleven sí, la oración, la súplica al Dueño de la mies, y el deseo de paz para esa casa* “. (V2) Necesitan confiar, el Padre dará fecundidad a esta misión.

La llegada del Reino, tanto su éxito como su fracaso, no es obra sólo nuestra, no se impone, sino que se ofrece libremente, la gracia de Dios es un don gratuito, es un regalo, que poco a poco se convierte en tarea para cada uno.

Llegado el momento de anunciar el reino, lo reciban o lo rechacen, Jesús les da normas de cómo deben comportarse ellos. Les exige, y hoy también lo hace a cada uno de nosotros y a nuestra iglesia, el vivir desprendidos y que hagan y hagamos la experiencia del ser misionero viviendo inserto en la realidad de los pueblos, muchas veces en la **inseguridad**, como viven tantos hombres y mujeres hoy. Dios acompaña siempre nuestro caminar. Nuestra seguridad es: **que el Reino ya ha comenzado en Jesucristo**.



Hna. Virgilia León Garrido O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

Santa Teresa del Niño Jesús

Biografía

Teresa Martin nace el 2 de enero de 1873 en Alençon, una pequeña población de Normandía. Es la novena hija del matrimonio que forman Luis Martin y Celia Guerin. La pequeña es recibida con alegría en un hogar que había sido castigado con la muerte de cuatro de sus hijos, dos de los cuales eran varones. Luis y Celia suspiraban por un niño que llegara a ser sacerdote, pero acogen el regalo que Dios les hace en la pequeña Teresa.

La infancia de nuestra santa transcurre entre la alegría y el amor que le procuran sus padres y las cuatro hermanas mayores (Paulina, María, Leonia y Celina) y el dolor que la muerte siembra en su hogar cuando la madre, Celia, muere de cáncer el 28 de agosto de 1877. Toda la familia se traslada entonces a Lisieux, donde existe un Carmelo femenino al que pronto comenzarán a volar las hijas del buen Luis Martin, quien, con generosidad heroica, entrega a sus dos hijas mayores para que sigan los pasos de Teresa de Jesús en la clausura carmelitana de Lisieux.

El año 1887, con sólo 15 años, Teresa hace a su padre una osada petición: ella también quiere ser carmelita. A pesar de su corta edad, Luis Martin, que conoce la piedad y el amor a Cristo que embellecen la vida de su reinicita -como gustaba llamarla-, no sólo no se opone a su decisión, sino que la apoya decididamente, acompañándola en una peregrinación a Roma para obtener un permiso especial del papa León XIII. A pesar de las habladurías que llenan todo Lisieux, acusando a las monjas de querer a la niña como juguete particular de un Carmelo en el que ya vivían dos de sus hermanas, el obispo de Bayeux-Lisieux accede al ingreso de Teresa el 9 de abril de 1888.

Poco después, la vida de Luis Martin se convierte en un calvario por causa de varias congestiones cerebrales que le llevan a la demencia. Atendido por Celina y Leonia, muere en 1894. Teresa le dedica su Plegaria de la hija de un santo.

Mientras, en el Carmelo, Teresa afirma haber encontrado la vida religiosa tal y como se la imaginó. La pobreza material no le asusta. Tampoco la pobreza espiritual y mental de algunas de sus hermanas, que hacen insufrible la vida de comunidad. A todas trata Teresa con el mismo amor y respeto, desempeñando pacientemente todos los oficios que se le encargan en la comunidad desde su profesión en 1890.

Desde 1893 Teresa es encargada de las novicias. Recae sobre ella la responsabilidad de educar a las jóvenes que van entrando en la vida carmelitana, a pesar de que sólo cuenta 20 años. En 1895 comienza a redactar los primeros recuerdos de su vida por mandato de la madre Inés de Jesús, nombre en religión de su hermana Paulina.

En 1896, la noche (del Jueves al Viernes Santo, Teresa sufre una hemoptisis; es el preludio de la dolencia -tuberculosis- que le llevará a la muerte. Continúa, pese a la enfermedad, con sus trabajos, sigue recopilando sus recuerdos y escribe algunos poemas. A principios de abril de 1897, la afección se revela en toda su crudeza y en agosto recibe la última comunión. Su hermana Paulina, madre Inés, va recogiendo las últimas palabras de la santa. El 30 de septiembre de 1897, a las 19:20, muere Teresa Martin exclamando: ¡Oh, le amo, Dios mío, os amo!

Una espiritualidad evangélica

Sor Teresa del Niño Jesús y la Santa Faz **fue una religiosa** poco menos que ordinaria para muchas de las hermanas que convivían con ella. Sin embargo, los designios de la Providencia harían de ella una de las santas más conocidas en la historia de la Iglesia. Poco después de su muerte, a raíz de la publicación de los recuerdos que de su vida había consignado ella misma en tres manuscritos, se desató en torno a Teresa un auténtico huracán de gloria: su Historia de un alma, se convirtió muy pronto en un clásico de la literatura espiritual, traducido a numerosos idiomas, y al Carmelo empezaron a llegar miles de cartas de Francia, Europa y el mundo entero narrando incontables apariciones e intervenciones milagrosas de la santa (en 1918 se recibía una media de 500 cartas al día).

Lisieux era en **un intenso foco de irradiación** de la doctrina de Santa Teresita, a través de la difusión de su biografía, a cargo de su hermana Paulina (madre Inés), y la producción de retratos y estampas que realizaba otra de sus hermanas: Celina (sor Genoveva). En un espacio de tiempo relativamente breve, la espiritualidad de Teresa había calado hondo en la Iglesia y la devoción popular era muy intensa.

Fue **beatificada en abril de 1923**; sólo dos años más tarde llegaría su canonización. Hoy, además de mantener una fuerte devoción popular, la teología sigue apreciando los contenidos de su doctrina y eminentes teólogos han dedicado estudios a su espiritualidad o la citan con profusión en sus trabajos, pues la contemplan como último pico de una cordillera mística que, arrancando en Ignacio de Antioquía y Gregorio de Nisa, corre por la historia en los nombres de Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, etc. (E. Biser). Así, parece que Teresa ha salido de la plaza para subir a un areópago reservado a elites.

Los acercamientos rigurosos y actuales a la espiritualidad teresiana resaltan hoy como su mayor valor el de ser **una doctrina rigurosamente evangélica**. Desde los escritos y la vida de Teresa se puede, sin duda, volver al Evangelio. Su aventura espiritual arranca del descubrimiento de un amor primero de Dios sobre su vida. Para Teresa, lo divino es

esencialmente presencia paterna –diríamos materna– que se manifiesta como ternura y misericordia.

Este hallazgo no es para ella fruto de un golpe de conversión, sino corona de un proceso interior apasionante desarrollado entre 1889 –un año después de su entrada en el Carmelo— y culminado hacia 1895, en un entorno especialmente agresivo. El ambiente espiritual, en el que se desarrolla la vida de nuestra santa, es absolutamente chocante: la piedad de aquella época se definía esencialmente por la reparación.

Se concebía a Dios como un ser herido por el desprecio del hombre: el auge del ateísmo, el rechazo del catolicismo, la postergación temporal del papa, el liberalismo... Estos y otros cánceres corrompen la vida del hombre y le apartan de un Dios lleno de ira hacia quien de tal modo le rechaza. Esto era especialmente grave en Francia, con sus antecedentes de jansenismo, donde a los católicos parecía increíble que la hija predilecta de Roma volviera la espalda, de un modo tan evidente, a los valores en torno a los cuales se había articulado históricamente como nación.

La respuesta de Teresa fue en aquel momento reivindicación del auténtico rostro de Dios y puede serlo también ahora, cuando la experiencia pastoral nos informa de la pervivencia de una imagen de lo divino como justicia vindicativa que constriñe la vida de los fieles hasta sus aspectos más íntimos. Podemos recuperar para el caudal de la espiritualidad cristiana una imagen de Dios absolutamente evangélica, que imprime en la vida de Teresa **un doble movimiento liberador** del que está necesitada nuestra Iglesia: de una parte, en su relación personal con el Padre, confianza en la misericordia absoluta; de otra, en las relaciones con los demás, compasión y ternura sin límites, comprensión para todas las faltas que ha sido aprendida en la escuela de la misericordia divina, y pequeños gestos de amor que refrescan la vida en el plano de las relaciones interpersonales.

Emilio Martínez O.C.D